

**Misa en la Basílica Santuario, Nuestra Señora de los Milagros de Caacupé (06.12.20)**

*La Eucaristía y la Caridad: La Eucaristía nos compromete a la solidaridad y al servicio del prójimo. Is 58, 7-10; Sal 111, 4-9; Lc 10, 25-37. Magisterio: (MND 24-28; EIA 52-65).*

Queridos hermanos y hermanas, con inmensa alegría y esperanza nos congregamos esta tarde en esta Basílica Santuario, para celebrar la Eucaristía en el noveno día de la novena en honor a Nuestra Señora de los Milagros de Caacupé. Cordial saludo a cada uno de ustedes que están presentes en esta Basílica, a los que nos acompañan desde sus casas a través de los medios de comunicación y las redes sociales, de manera especial saludo a los hermanos y hermanas de la diócesis de Carapeguá que nos estarán acompañando desde la distancia. Muchos de ellos hubieran querido estar presentes hoy con nosotros pero por la situación que estamos atravesando a causa de la pandemia, no pueden hacerlo.

Celebramos la novena a Nuestra Señora de Caacupé en el contexto del Adviento y a la vez iniciando un nuevo año litúrgico. El adviento es un tiempo hermoso cargado de esperanza, más que nunca en este tiempo de pandemia necesitamos palabras de aliento y esperanza. La pedagogía propia de este tiempo nos va guiando en la preparación ferviente de la venida del Señor. La liturgia de este tiempo constituye una gran catequesis sobre la esperanza. El Adviento tiene dos partes, en las que se presenta como tiempo de esperanza gozosa ante el Señor Jesús que llega. La primera parte de este tiempo apunta hacia la segunda venida del Señor al final de los tiempos (la parusía). Es el Adviento escatológico.

La segunda parte, a partir del día 17 de diciembre hasta el 24 tiene como finalidad prepararnos para la primera venida del Señor Jesús (la Navidad). Es el Adviento natalicio. Esta venida histórica, que se dio hace más de dos mil años, nos lleva a la expectativa de la venida constante de Jesús a nuestra vida cotidiana.

En este tiempo, si ustedes se fijan en la liturgia, sobresalen cuatro figuras bíblicas que van a guiar el itinerario de nuestra espera-esperanza. Isaías, el profeta del AT en quien, por excelencia, resuena el eco de la gran esperanza mesiánica, Juan Bautista el precursor, el mensajero enviado para preparar el camino del Señor. En la última semana del Adviento, aparece San José y adquiere un destaque especial la figura de la santísima Virgen María, la madre de Jesús.

En la primera lectura del profeta Isaías, resuena el eco de la gran esperanza que conforta al pueblo de Israel durante los difíciles momentos de su historia, es un anuncio de esperanza para los hombres de todos los tiempos. El profeta manifiesta que la venida del Señor es fuente de consuelo y alegría. “¡Consuelen, consuelen a mi Pueblo, dice su Dios! hablen al corazón de Jerusalén”. El profeta se dirige al pueblo anunciando el final del exilio en Babilonia y el retorno a Jerusalén. La actuación

consoladora del Señor viene a poner fin a la situación de angustia, transgresión y culpa en la cual se encuentra el pueblo. Se compara a Dios con un pastor. Esta consolación que el profeta anuncia está acompañada por una exhortación a preparar un camino para el Señor, y cómo se hace esto? Eliminando todos los obstáculos, "Que se rellenen todos los valles y se aplanen todas las montañas y colinas, que las quebradas se conviertan en llanuras, ..." ciertamente que el profeta habla en lenguaje figurado, se trata de una preparación interior del espíritu para recibir al Señor. ¿Cómo podemos interpretar eso de rellenar los valles y aplanar las montañas? Quizás nosotros necesitemos llenar ese vacío interior en nuestras vidas, la ausencia de Dios en nuestros corazones y en nuestras familias, es urgente rebajar y aplanar las montañas de nuestro orgullo y de nuestra soberbia, de nuestro egoísmo y envidia, de nuestras ambiciones y codicias.

Juan Bautista, el último de los profetas del AT, encarna a la perfección el espíritu del Adviento. Como precursor del Mesías tiene la misión de preparar los caminos del Señor, y, sobre todo, de señalar a Cristo ya presente en medio de su pueblo.

En el Evangelio de San Marcos, que nos proclamó el diácono, la Buena Noticia de Dios a los hombres se inicia con la predicación de Juan el Bautista. Los profetas ya habían hablado de un mensajero que viene a preparar el camino del Señor. El Evangelio de San Marcos presenta el cumplimiento de estos anuncios proféticos con la aparición de Juan Bautista en el desierto. Era el signo de que se acercaba el momento culminante de la intervención definitiva de Dios en la historia humana. Y lo bueno realmente es que no viene la destrucción, como se había anunciado anteriormente, no hay lugar para la aflicción, sino para la esperanza. El profeta entendió que su misión era consolar y animar a sus hermanos. Dios ofrece una segunda oportunidad a Israel. Ese mundo nuevo se cimentará en el interior de cada persona que reconozca sus faltas y confiese sus pecados, reciba el bautismo y se comprometa dejarse guiar por el Señor. Jesús el enviado está llegando.

*En la 2da lect. dice san Pedro q' Dios no quiere el castigo, sino que convirtamos - cielo nuevo y tierra nueva*

Hermanos y hermanas, apenas estamos iniciando, en esta novena, el Año de la Eucaristía. Toda la temática de la predicación de estos días de la novena gira en torno a la Eucaristía. El tema que se nos propone hoy para nuestra reflexión es: **"La Eucaristía y la Caridad"** **"La Eucaristía nos compromete a la solidaridad y al servicio al prójimo"**. Por nuestro bautismo hemos asumido la triple misión de Cristo de ser sacerdotes profetas y reyes: la misión de la Iglesia abarca estas tres dimensiones que son inseparables e indispensables. Ninguna de las tres se puede obviar, es decir la dimensión profética (el anuncio de la Palabra de Dios, la predicación, la catequesis, etc.), la dimensión sacerdotal (aquí entra todo lo que se refiere al culto, la liturgia, los sacramentos y por excelencia la Eucaristía) y la dimensión testimonial (todo lo referente a lo social, la caridad, la solidaridad y la promoción humana). El tema de hoy se enmarca en esta última dimensión de la tarea evangelización, por ser última no es la

menos importante por cierto, lo testimonial es fundamental porque es justamente lo que da credibilidad a nuestra predicación.

Es muy importante el anuncio y la predicación de la Palabra de Dios, muy importante la enseñanza, es decir la catequesis, sea ~~para niños, jóvenes y adultos~~; pero si nuestra tarea evangelizadora se reduce a esas dos dimensiones no más, queda mutilada. No podemos en absoluto descuidar la dimensión caritativa en nuestra pastoral. Celebrar la Eucaristía nos compromete a una vida solidaria, como el buen samaritano que no pasó de largo ante el prójimo que estaba lastimado a la vera del camino. Sería una gran incoherencia celebrar la Eucaristía y ser egoístas, tacaños. Comulgar el cuerpo de Cristo nos compromete a estar en comunión <sup>no solo con Dios, pero</sup> con los demás, sobre todo con los más necesitados, enfermos, ancianos, marginados de la sociedad, los descartados como dice el Papa Francisco.

Celebrar la Eucaristía, el sacramento de la caridad por excelencia, nos compromete ser también nosotros hostias vivas que se parte y se reparte en el servicio desinteresado en nuestras comunidades. Celebrar la Eucaristía nos compromete luchar por un mundo más justo, por una sociedad más inclusiva y equitativa, <sup>preocupando</sup> luchando por la transformación de las estructuras injustas y corruptas que crean ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres. Que los bienes y recursos lleguen a todos y no sean acaparados por unos pocos.

El papa Francisco habla de las tres T, tierra, trabajo y techo para todos. Ojalá en nuestro país todos los paraguayos tengan un pedazo de tierra, trabajo digno y techo donde cobijarse. Es una paradoja, una contradicción que en un país como el nuestro, habiendo tantas tierras sin campesinos, haya tantos campesinos sin tierra, la falta de equidad es terrible y lamentable en nuestro país.

Celebrar la Eucaristía o comulgar el cuerpo de Cristo, no es solo para tranquilizar nuestra conciencia y quedarnos de brazos cruzados, ni ser indiferentes ante los males y vicios de nuestro entorno. La Eucaristía no puede reducirse a una devoción particular e intimista, ella, si o si debe tener una proyección social, nos compromete a vivir el estilo de vida de Jesús, el buen samaritano, compasivo y misericordioso, que vino no para ser servido sino a servir y dar la vida por una multitud. La compasión es la característica principal del samaritano, la compasión no es otra cosa sino la empatía, es decir, la capacidad de meterse en la piel del otro, la misma compasión que tuvo Jesús al ver a la multitud hambrienta y descarriada que andaba como ovejas sin pastor. La Eucaristía nos debe llevar a esta compasión, el que comulga el Cuerpo de Cristo en la misa, no puede pasar de largo ante el sufrimiento humano.

En la diócesis de Carapeguá le tenemos al Padre Julio César Duarte Ortellado, Siervo de Dios, cuyo proceso de beatificación y canonización está en marcha gracias a Dios. El Padre Julio es un testimonio claro de actitud samaritana, que no había pasado de largo

ante el prójimo necesitado. Su caridad no se limitaba a un mero asistencialismo, sino que, además, luchaba por la promoción social del pueblo. Cuando se colocó la primera piedra del que sería el Hospital de Ybycuí, obra impulsada por él, dijo: <sup>etc.</sup> un hospital es como un templo dentro de un pueblo, templo donde se conforta el organismo físico y se curan las llagas de la humanidad, como el templo espiritual, la Iglesia, donde se restañan las heridas del alma y se sustenta la debilidad del humano corazón; templo a Dios es el uno y templo de Dios es el otro, porque Dios está allí donde está el dolor, Dios padece allí donde padece el hombre,

Este tiempo de Adviento es propicio para vivir de manera intensa la dimensión caritativa de la Eucaristía. Rezando la Navidad en familia en nuestras comunidades y viviendo y practicando la solidaridad con nuestros hermanos, como la Virgen María, que se destacó por su disponibilidad incondicional para hacer la voluntad de Dios y su espíritu generoso y servicial. Apenas engendrado el Verbo en su seno, se enteró que su parienta Isabel estaba esperando un niño en su avanzada edad, inmediatamente, sin demora, dice San Lucas, se puso en camino para llegar junto a Isabel, su prima y ponerse a su servicio.

Que la Virgen de los milagros de Caacupe nos bendiga y nos ayude con su intercesión maternal a ser nosotros también como ella, disponibles, generosos y serviciales. Que así sea

MANE NOBISCUM DOMINE, Carta apostólica de Juan P. II (2004) Año de la Eucaristía

En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente su conciencia de ser «signo e instrumento» no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano.

El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida.

Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*.

No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el «lavatorio de los pies» (cf. *Jn* 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. *1 Co* 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. *Jn* 13,35; *Mt* 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

ECCLESIA IN AMERICA, Exhortación apostólica postsinodal

### ***La solidaridad, fruto de la comunión***

52. « En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis » (*Mt* 25, 40; cf. 25, 45). La conciencia de la comunión con Jesucristo y con los hermanos, que es, a su vez, fruto de la conversión, lleva a servir al prójimo en todas sus necesidades, tanto materiales como espirituales, para que en cada hombre resplandezca el rostro de Cristo. Por eso, « la solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de

al Dios uno y trino, y en el Hijo de Dios encarnado y muerto por todos. Se expresa en el amor del cristiano que busca el bien de los otros, especialmente de los más necesitados »[195].

Partiendo del Evangelio se ha de promover una cultura de la solidaridad que incentive oportunas iniciativas de ayuda a los pobres y a los marginados, de modo especial a los refugiados, los cuales se ven forzados a dejar sus pueblos y tierras para huir de la violencia. La Iglesia en América ha de alentar también a los organismos internacionales del Continente con el fin de establecer un orden económico en el que no domine sólo el criterio del lucro, sino también el de la búsqueda del bien común nacional e internacional, la distribución equitativa de los bienes y la promoción integral de los pueblos[196].

Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: «He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos».6 Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.

(FT 8)

## La solidaridad, fruto de la comunión

27. « En verdad os digo que cuanto hicieris a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieris » (Mt 25, 40). La conciencia de la comunión con Jesucristo y con los hermanos, que es, a su vez, fruto de la conversión, lleva a servir al prójimo en todas sus necesidades, tanto materiales como espirituales, para que en cada hombre resplandezca el rostro de Cristo. Por eso, « la solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de

ECCLÉSIA IN AMÉRICA. Exortación apostólica posinodal